

## CAPÍTULO IX

No es más difícil conocer la razón de nuestra dicha que la de nuestros tormentos.

**C**UANDO Baltasar recobró por completo el conocimiento, se encontró sobre el puente de un precioso yate, extendido en una hamaca y bajo la vigilancia de Calabacita. A su alrededor brillaban las aguas tranquilas de un puertecito. Una villa italiana se asentaba entre dos colinas bañadas por el azul del cielo.

Los dos se sonrieron y ella interrogó:

—¿Ya no sufre usted?

—Nada absolutamente.

—¡Dios mío, qué alegría me da el oírle hablar así! Hemos estado muy inquietos desde hace seis días.

—¡Seis días va!... ¡Ah, Calabacita, qué terrible pesadilla fué aquello!...

—Ya sé... ya sé...—dijo ella—. En su delirio lo dijo todo. La batalla... el suplicio... la ejecución... ¡Cómo sufrí al oírlo!

Experimentó él una gran alegría en contemplar las dos trenzas rubias que con tanta frecuencia había evocado en el curso de la fúnebre noche. Las trenzas, menos rígidas ahora, se terminaban por dos ligeros bucles. Los ojos expresaban sentimientos que él no comprendía, pero que le llenaban de una tranquila e infinita felicidad.

En el otro extremo del puente cuatro hombres, los cuatro marineros, se hallaban inclinados sobre el empalme. Uno de ellos lanzó una escala de cuerda, cuyas extremidades sujetaron. Apareció una cabeza, luego un busto cebón que chorreaba y después dos macizas piernas cubiertas por un pantalón de baño completamente mojado. De un salto, el bañista llegó al puente. Inmediatamente uno de los marineros le friccionó vigorosamente le colocó luego en medio del puente y comenzó una serie de ejercicios gimnásticos y respiratorios.

Tenía el busto de un niño desarrollado, al que la práctica del *sport* no había dotado de ningún músculo aparente. Desde lejos su rostro pulido y enrojecido, sin un solo pelo,

parecía el de un romano de la decadencia habituado a llevar sobre su cabeza en las noches de orgía una corona de racimos de uva encarnada. Cuando levantaba los brazos, su graso pecho hundíase sobre el mismo y hacía surgir un vientrecillo en punta, parejo a un globo de niño.

La sesión se terminó por un asalto de esgrima. Tocado de un casco de alambre y vestido con su pantalón mojado, se movía con extrema ligereza, saltando a la manera de un muñeco de goma, acribillando a su adversario a golpes de florete.

Baltasar, bastante desconcertado, preguntó:

—¿Ese es Beaumesnil, verdad?

—Sí—repuso Calabacita—, ése es Beaumesnil, su padre de usted.

Baltasar no protestó.

—Es un gran e ilustre poeta—afirmó Calabacita—. En Siracusa y en Catania hemos recibido la visita de muchas damas y caballeros que le colmaban de elogios.

—Me parece que es un poco raro—murmuró Baltasar.

—Los grandes poetas son así, señor Baltasar—dijo Calabacita.

En aquel momento, el gran poeta, viendo a Baltasar y Calabacita, les dirigió un amistoso

saludo y se dirigió a la cabina, de donde salió dando saltitos vestido con un peplo de seda blanca y con la cabeza desnuda. Sus labios, de retorcidas comisuras, y sus cejas circunflejas, le daban el aspecto de un muchacho feliz.

Besó la mano de Calabacita, y sentándose al lado de Baltasar, le dijo sin preámbulos:

—Rodolfo, Calabacita me ha contado tu historia y los singulares acontecimientos de que has sido víctima. Aunque la verdad sea muy difícil de descubrir en medio de tan densas finieblas, es evidente que existen entre nosotros secretos lazos cuya realidad demostrará el porvenir. En espera de ello, ¿no será dable establecer otros hechos de simpatía, de confianza y de mutua estima? Si así es, llegado el caso que preveo, nos podremos amar como padre e hijo, puesto que ya nos querremos como hombres.

Su voz, que contrastaba con su fisonomía, parecía la de un bajo. Debía de extraerla de lo más profundo de su vientre y la emitía como una voz de ultratumba; pero al cabo de unos instantes se sufría un grave encanto y su música sonora e insinuante a la vez invadía de una agradable languidez.

—Puesto que conozco tu historia, es con-

veniente, Rodolfo, que conozcas la mía, por lo menos en aquello que se relaciona contigo. Esto me obliga a ciertas revelaciones que podrían parecer indiscretas si la prensa del mundo entero no hubiera en un tiempo salpicado de lodo y de escándalo la más íntima y dolorosa de las aventuras. He aquí en pocas palabras:

Hace un cuarto de siglo, cuando yo, poeta desconocido, tenía veinte años, fui llamado para desempeñar las funciones de preceptor de una pequeña corte real de Alemania. La reina, fresca y amable criatura admirada por todos, y a la que denominaban con el nombre de Fresa de los Bosques, se dignó contar-me entre el número de sus amigos.

Dejemos en la sombra lo que pasó desde el día en que tuve la audacia de levantar mis ojos hasta mi reina, desde aquel día en que, en una crisis de desesperación y de locura, cuyo responsable soy, nos fugamos. No hablemos tampoco de mis cinco duelos con los oficiales del rey y de las tentativas de asesinato de que fui víctima, ni de las persecuciones que los dos culpables tuvieron que sufrir, ni tampoco de su matrimonio y de su felicidad, sino tan sólo del trágico acontecimiento por el cual se efectuó la venganza del rey: nuestro

hijo, el pequeño Rodolfo, fué raptado cuando no contaba más que unos meses.

Acto abominable, que no dejó ningún rastro, aquello fué el fin de la bella aventura y el principio de una pena que la reina no pudo soportar. Se enterró viva en el antiguo hotel que poseía en París, y nadie la ha visto más que su vieja nodriza y yo, autor de sus males. Ella es, sin duda alguna, tu madre; puedes arrodillarte ante ella como ante una santa.

Beaumesnil se expresaba con énfasis, como si se confesara de faltas que él estimara purgar severamente.

—Seis años transcurrieron. El rey murió. En su lecho de muerte confesó que el niño vivía aún y que había sido marcado en el pecho con tres letras: M. T. P. Por desgracia, aquella confesión me fué transmitida sin otros datos que la precisaran y que me sirvieran para hallar a nuestro hijo. Sin embargo, me puse a investigar, y, puedes creerlo, Rodolfo, tenazmente; pero durante veinte años, el secreto de las tres letras misteriosas se me ocultó. Una carta anónima, recibida en Noruega hace algunos meses, me reveló el sitio y el nombre bajo el cual vivía el hijo de la reina. Inmediatamente te escribí, anunciándote mi llegada, y a la hora fijada estaba

allí. ¡Por segunda vez habías sido raptado, Rodolfo! El resto ya lo sabes por Calabacita. Gracias a mis relaciones supe el destino adonde te conducían; uno de mis amigos me prestó su yate. Calabacita y yo desembarcamos allí, al siguiente día de la batalla, y en pocos días tuvimos la suerte de descubrir la prisión en donde te hallabas. Nos entendimos con el jefe de los soldados y te salvamos.

Beaumesnil se aproximó, y, cogiendo las manos de Baltasar, las estrechó entre las suyas.

—Para que comprendas y para que juzgues con indulgencia una vida que no ha sido siempre lo que debía ser, es necesario que veas en mí no a un hombre de nuestra época, sino a un hombre que por sus gustos y costumbres es más de aquellos tiempos en que se vivía cerca del instinto y según su fantasía. Tengo tal conciencia de ello, que me place a veces vestirme como en aquellos tiempos pasados, bien en artista del Renacimiento o en rapsoda de la antigua Grecia. Tengo interés en advertirte de esta mi ridícula manía para que no te rías de ella. Y nada más por hoy, querido Rodolfo. Dejemos que las horas y los días trabajen por nuestra unión.

Dijo; y, levantándose, pirueteó sobre sus talones y se alejó, dando a su espalda y a su modo de andar la majestad permitida a un busto demasiado ancho, sostenido por unas piernas excesivamente cortas.

Minutos más tarde se dió la orden de partida, y el rapsoda griego, erguido en la proa del yate, lanzaba a la multitud agrupada en el muelle grandes y potentes tiradas de versos, que atestiguaban un alma noble y apasionada.

—Es un gran poeta—repitió Calabacita.

—Muy fastidioso, Calabacita—dijo Baltasar.

Navegaron durante quince días, haciendo escala en los puertos de Sicilia y Argelia. Beaumesnil desembarcaba siempre. Baltasar y Calabacita se quedaban solos sobre el puente, ante blancas ciudades y ante colinas abrumadas de sol. Hablaban apenas. Los ensueños flotaban a merced del silencio.

Las heridas de Baltasar se curaban. Sentíase embotado por un bienestar que atribuía a la brisa marina y a la indolencia de los pensamientos. Si Calabacita se alejaba por mucho tiempo, la llamaba a su lado.

Beaumesnil iba todas las noches a hacerles compañía. Les explicaba su jornada con verbo entretenido y una gran poesía en la

descripción, o bien examinaba los problemas que complicaban la vida de Baltasar, calculando las probabilidades que tenían para resolverlos, de acuerdo con sus paternos deseos.

—Ya verá usted, señor Baltasar, cómo él descubrirá la verdad y le dará su verdadero nombre—dijo una noche Calabacita.

—Me da lo mismo—replicó Baltasar distraídamente.

La noche estaba radiante, trayéndoles todos los encantos de los paisajes, bañados por la luna. El mar les mecía, embriagándoles con su aliento, embalsamado por las flores próximas.

—¿Es posible, señor Baltasar?—preguntó Calabacita estupefacta.

—Así es—afirmó Baltasar—. No experimento ya aquellos impulsos del corazón que me precipitaban cada vez hacia aquellos que aparentemente eran mis progenitores.

—Pero ¿por qué, señor Baltasar?

—No lo sé, Calabacita; pero esta sucesión de padres con los mismos derechos sobre mí, puesto que se fundan en las mismas pruebas, me ha conducido a una total indiferencia. Revad-Pachá y el conde de Coucy-Vendôme se desvanecen en el pasado, y

Beaumesnil, a pesar de sus esfuerzos y de su poesía, no puede ocupar el sitio vacío.

Después de un silencio añadió:

—Pero, por otra parte, ¿está realmente vacío el sitio? De esto no estoy seguro.

—¿Quién, pues, puede ocuparlo, señor Baltasar? ¿Quizá la señorita Violante?

—No. Es como si hubiera hallado, no sé cómo, el equilibrio que buscaba desde mi infancia cerca de tantos seres desconocidos. Tengo la impresión de una felicidad que ignoraba y de una paz que no estaba hecha para mí.

—¿Desde cuándo siente usted esa impresión, señor Baltasar?

—Desde mi noche última allá, Calabacita, cuando separaste la mía de la mano fría del pachá.

—¿Qué es lo que le interesa, pues, señor Baltasar?

—Esto—dijo señalando al cielo, palpitante de estrellas—; esto, y el sol, y los árboles, y una cantidad de cosas de las que no me preocupaba.

—Cosas que la filosofía cotidiana condena—observó ella.

—Calabacita, ya no pienso absolutamente nada en la filosofía cotidiana.

La muchacha no insistió. ¿Qué le habría podido ocurrir al señor Baltasar para que pronunciara una blasfemia tal?

Las dos últimas tardes las pasó Baltasar sobre el puente, frente a Calabacita. Mirábala con complacencia. Cada día que transcurría, las trenzas de los cabellos se deshacían un poco más para formar en torno a la cabeza finos bucles, cuyo oro se encendía bajo los fuegos del sol. Vestida de telas de seda y adornadas de cintas multicolores que Beaumesnil le había regalado, se envolvía en ellas con gestos que Baltasar hallaba armoniosos.

Ella le dijo:

—Es éste el fin de un viaje que nunca olvidaré, señor Baltasar.

—Tampoco yo, Calabacita; pero parece que dices esto con tristeza.

—Con tristeza no, pero sí con cierto temor. A medida que nos aproximamos me siento invadida por un malestar, como si nos amenazara algún peligro.

En París decidieron coger del tesoro otro billete de quinientos francos. Calabacita se puso a trabajar. Baltasar vagaba tras ella sin ánimos para hacer nada.

Habiendo recibido una carta en donde la orgullosa prometida se quejaba de un silen-

cio demasiado largo, tardó tres días en contestar y terminó por enviar un telefonema, lo que era más cómodo, diciendo: "Batalla ganada. Fortuna. Nombre histórico."

Por dos veces fué Calabacita al extrarradio, en donde rugían los leones del Atlas, a visitar a los Fridolin y a la señorita Ernestina, la que no se había podido resolver a dejar el hogar y los hijos de la domadora Angélica. Baltasar no la acompañó.

—Yo les quiero mucho y no les abandonaré nunca—dijo—; pero, por el momento, no tengo deseos de ver a nadie. Todos me aburren.

Sin embargo, a instancias de Beaumesnil, que fué por dos veces a "Las Danaides" en su auto, tuvo que prometer asistir a un baile de máscaras que el poeta daba en su hotel.

En la mañana del baile trajeron dos magníficos disfraces para vencer las últimas vacilaciones de su amo. Calabacita le dijo:

—Quizá el señor Beaumesnil quiera presentar a usted como hijo suyo o bien le conduzca ante la reina...

Baltasar contestó con despego:

—Calabacita, yo no creo que mi felicidad dependa del descubrimiento de mis padres.

El hotel que la reina poseía de una herencia, situado a lo largo de los Inválidos, esta-

ba precedido de un gran jardín en cuyo fondo se levantaba un pabellón habitado por la reclusa y su anciana nodriza. Los salones, exceptuando las sillas alquiladas para la recepción, no contenían un solo mueble, pues todas las obras de arte que los adornaban antaño habían sido vendidas por el poeta, a quien sus gustos suntuosos habían arruinado varias veces.

Los invitados eran muchos. Todos los que significaban algo en París se apiñaban en las salas o en la inmensa galería en donde se extendían las mesas llenas de vinos y manjares.

Un heraldo de armas proclamaba el nombre de los invitados, sus títulos de nobleza y de gloria y el nombre de los personajes representados.

Beaumesnil llevaba, según él, el mismo traje que llevó Benvenuto Cellini en la corte de Francisco I: mantelete de terciopelo granate y casaquín de raso negro, alta gorguera en la que se inmovilizaba un rostro adornado de una puntiaguda barba. Con la cofia en la mano y el estoque golpeando sus muslos moldeados de seda gris perla, iba y venía, solfando a los recién llegados madrigales en forma de letrillas u odas cortas.

El heraldo de armas anunció:

—Don Rodolfo, en caballero de Artagnán... La señorita Calabacita en vendedora de frivolidades.

Baltasar refunfuñaba bajo un sombrero adornado de plumas y cubierto con una amplia capa de mosquetero, levantada por detrás por la vaina de su espada. Aquella capa, al abrirse, dejaba al descubierto una casaca de gamuza en donde surgían punfiagudos los huesos de un pecho anguloso.

Calabacita, en vendedora de frivolidades, atrajo inmediatamente la atención. La pañoleta María Antonieta y la capellina de paja le sentaban maravillosamente. No había afectación alguna en su porte, que era una mezcla de reserva y de alegría. Beaumesnil la paseaba entre los grupos.

Corría el champagne. La multitud cantaba el ritmo de la orquesta, agitábase un aire de pesada borrachera y cierta necesidad de vulgaridad.

En las fiestas de Beaumesnil era siempre de esperar algún escándalo. Baltasar estaba solo en un rincón de la galería desde donde oía, dominando el tumulto, la cavernosa voz del poeta. De pronto, le vió subir al extremo de una mesa transformada en estrado. Beau-

mesnil aulló la principal escena de un drama que había escrito sobre Benvenuto Cellini. Agitábase, daba patadas, echaba lumbre por los ojos y gritaba su amor por una tal Scozzone, muchacha a la que amaba con locura.

Aquel amor adquiría tales proporciones que Benvenuto Cellini se decidía al raptó. Saltó del estrado y se abrió un camino entre la multitud. Calabacita está allí. Al verla exclamó:

—¡La Scozzone! ¡La Scozzone!

Y de pronto, a pesar de la resistencia de Calabacita, la cargó sobre sus espaldas y huyó por los vestíbulos con su presa.

Los invitados rieron la broma y se volvieron hacia las puertas en espera de su reaparición. Indeciso y sofocado, Baltasar quiso comprender. ¿Qué significaba aquella farsa?

También él dirigió su mirada hacia las puertas, recorrió vestíbulos y galerías. La gente volvía a bailar y a beber. Se quitó el sombrero adornado de plumas y secó su frente. Chorreaba de sudor y se sintió tan débil que se dejó caer en un canapé.

Dos invitados hablaban no lejos de él, y uno de ellos decía:

—¡Qué farsante es el tal Beaumesnil! ¡Hace

el mayor ruido en torno suyo... La cuestión es vivir y ganar dinero.

—La chiquilla que se llevaba, o mejor dicho, que raptaba, es bonifilla. Apuesto que tardaremos en volverla a ver—dijo el otro.

—¡Es capaz de todo!—dijo el primero—. Con la ayuda de su chófer, ese Domingo, que tiene cara de bandido, la habrá metido en un auto y conducido hasta su entresuelito de Neuilly.

Baltasar dió un salto y echó a correr como un loco. La capa de mosquetero se agitaba por ambos lados de su espalda como alas de murciélago. Ensayó inútilmente desenvainar su espada...

## CAPITULO X

Amar... Matar...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al llegar al patio, tropezó ante una confusión de automóviles que traían nuevos invitados o que regresaban para recoger a los que se marchaban. Interrogó. Nadie sabía nada. Según la disposición de los lugares, se dió bien pronto cuenta de que el auto de Beaumesnil había podido esperar a éste en alguna salida particular. ¿Cómo hallarla en ese caso?

Entró de nuevo. En el interior todo el mundo bailaba, sin ocuparse del dueño de la casa ni de sus capricho

Baltasar pateaba de impaciencia y furor. No habiendo podido desenvainar la espada, agitábala con terribles gestos. La pluma de su sombrero, medio arrancada, le caía sobre el rostro y se hallaba enredado con una de